

Herencia genética y herencia familiar

Cuando las mismas actitudes, trastornos o enfermedades se repiten en varios miembros de una familia, se les suelen atribuir una base hereditaria. Solemos considerar hereditario sólo a lo genético. Nos olvidamos de una parte muy importante que también heredamos: la dinámica de nuestro sistema familiar.

Gracias a la mirada microscópica, hemos llegado a comprender el funcionamiento genético a nivel molecular. Los **genes** son una secuencia de nucleótidos que forman parte del ADN. Contienen la información necesaria para la síntesis de moléculas capaces de llevar a cabo procesos específicos en el organismo, tanto estructurales como funcionales. Los genes son por tanto, **elementos estáticos**. La existencia de determinado gen es una predisposición para que se puedan producir sus efectos. Pero quien los lleva a cabo es un **proceso dinámico** de expresión genética, en el que intervienen moléculas de ARN, que actúan de intermediarias entre el ADN y las nuevas proteínas que sintetizan.

Sin embargo, esta mirada microscópica deja fuera de nuestro campo de visión una gran parte de los elementos que intervienen en este proceso. Si ampliamos la mirada, podremos contemplar que hay millones de células expresando simultáneamente una parte de su información genética, y que el organismo en su conjunto, está en permanente relación con su contexto exterior. Todo ello forma parte inseparable del proceso dinámico que es la vida.

La **herencia genética** determina las primeras fases de la formación estructural del organismo. Pero, a medida que el nuevo ser se va desarrollando, van entrando en juego sus capacidades funcionales. Va siendo más receptivo a los estímulos del entorno, con un nivel creciente de complejidad: molecular, celular, sensorial, emocional, cognitivo etc. De este modo, los procesos fisiológicos de desarrollo embrionario están siendo influidos por la interacción dinámica con la madre y, a través de ella, con el medio con el que esta se relaciona.

Cuando nacemos, el cerebro y el sistema nervioso aún no están completamente desarrollados. Durante los primeros años de vida, los procesos de desarrollo estructural van acompañados de la influencia de la dinámica familiar.

Desde antes de nacer, la familia determina el espacio que vamos a ocupar en ella. Este se construye a base de expectativas, creencias y admoniciones. Durante la infancia, nuestro desarrollo biológico se produce en estrecha relación con la **herencia familiar**. La imitación de modelos, el trato que recibimos, la forma de mirar el mundo y a nosotros mismos va formando parte de lo que somos. Heredamos así los patrones de comportamiento de nuestros padres y actuamos con los mismos personajes arquetípicos que van transmitiéndose en la familia de generación en generación.

A medida que vamos creciendo, aprendemos a ser como en la familia se espera que seamos. Así, poco a poco, sin darnos cuenta, vamos siendo arrastrados por la misma **inercia** que arrastró a nuestros padres, a nuestros abuelos y a todos nuestros antepasados. Hasta el punto de que para ser aceptado por los nuestros, creemos que tenemos que seguir mirando la vida como ellos esperan que la veamos, sin tener en cuenta las consecuencias ni las posibilidades de que algo pueda cambiar.

Cuando las mismas actitudes, enfermedades o trastornos se repiten en varios miembros de una familia, atribuirlo a una causa exclusivamente genética se convierte muchas veces en una excusa para continuar cómodamente instalado en la inercia familiar. Asumir que lo que sucede en una familia es inexorable, es dejar pasar una oportunidad de cuestionarnos cómo estamos viviendo nuestra propia vida. Es un modo de intentar dejar a salvo nuestra responsabilidad en lo que nos sucede. Pero también es una forma de no plantearse que la vida se puede afrontar de una forma distinta.

Una parte de nuestro proceso vital viene escrito en los genes. Nacemos con una predisposición genética. Pero hay una gran parte aprendida, que podemos transformar. Lo que sucede en nuestra vida no está al margen de nuestra forma de vivir. El mayor condicionamiento no viene de fuera, sino de los patrones familiares que silenciosamente, fueron moldeando nuestra estructura interior. Salir de la inercia no es fácil. Requiere poner **más conciencia** en cómo estamos afrontando la vida y sobre todo, estar dispuestos a cuestionarnos a nosotros mismos y a la herencia que hemos recibido de nuestro sistema familiar.

José Gómez